Corrupción: 21 puntos para el análisis reflexivo en el mundo actual

Raúl Brito Berumen*

El presente ensayo pretende ser una serie de reflexiones en torno a la corrupción. En 21 puntos se presentan puntos reflexivos que intentan aproximar al lector a una idea crítica de la corrupción en el mundo actual. De igual manera se propone, con fines metodológicos y de análisis, el concepto de Maspro (mecanismos alternos de solución de procesos/procedimientos) como parte de una elección racional que da origen a conductas desviadas como la corrupción.

Introducción

La construcción de ciudadanía democrática ha navegado, durante la última parte del siglo XX e inicios del XXI, entre la construcción de mecanismos y procedimientos altamente regulados por las instituciones públicas (institutos electorales, tribunales, grupos de presión, etcétera) y el entendimiento de la democracia como un meta valor.

En este sentido se debe entender la construcción de sistemas democráticos como parte de un “sistema complejo” que es base explicativa de la crisis actual de lo político en el que el mundo de vida está inserto.

* Auditor Superior del Estado de Zacatecas. Maestro en Ciencias por la Universidad de Durango, campus Zacatecas.

En efecto, si ya en el siglo pasado Ulrich Beck (1998a, 1998b, 1998c) anunciaba como única realidad posible el riesgo y, aparejada a ello, la modernidad reflexiva, hoy en día no podemos entender problemas como el medio ambiente, la violencia, los problemas financieros y la corrupción como sucesos que han de ser combatidos por naciones y sí como parte de sistemas complejos que requieren intervenciones de actores globales, además de la intención y hechos de actores sociales, políticos, económicos y culturales que están inscritos en un entorno global.

Con la modernidad el mundo se presenta dual (Cfr. Lyotard, 2006). En este sentido son dos grandes teorías las que enmarcan las explicaciones generales del mundo de lo social. Por una parte, una explicación de acciones encaminada a fines y, por la otra, la explicación de las relaciones sociales como

un constante devenir entre las luchas del poseedor de los medios de producción y el dueño de la fuerza de trabajo. Estas dos grandes teorías son bases para entender la modernidad como el sustento teórico y la coartada perfecta para establecer proyectos y proyecciones que sólo dan cuenta de una etapa del capitalismo caracterizada por la dualidad y la negación a formas de pensamiento que escaparan a parámetros de mediciones simples –hombre vs. mujer, pobres vs. ricos, capitalistas vs. socialistas, libre mercado vs. control por parte del Estado en la producción– en este sentido, se puede afirmar que durante la modernidad el riesgo –hecho futuro de realización incierta– no aparece más que como una teoría que poco puede explicar las dos grandes teorías totalizadoras de la realidad ya descritas; es decir, el marxismo y el weberianismo.

No obstante, la sociedad se hace compleja, las crisis del sistema capitalista se acentúan y, como dice Habermas, funcionan como enfermedad que requiere que dentro de sí, encuentra los elementos de su cura. A esto se le llamaría autopoiesis (Cfr. Habermas, 1999) –la capacidad que tienen las organizaciones, por medio de sus instituciones, de corregir los problemas internos– pero va más allá.

Los sistemas complejos, propios del mundo en el que vivimos, requiere explicaciones que eviten –o dejen de lado en gran parte– las grandes teorías. Estas totalizaciones del pensamiento dejan de lado las acciones y la comunicación de los actores, ya que los dan por hecho y se insertan en contextos donde la verdad se advierte como constreñida a un espacio tiempo determinado; sin embargo, al mismo tiempo, es parte de un sistema complejo que se extiende más allá de los límites. Se explica en una sociedad global interconectada los aspectos locales –globales en cuanto están inmersos en un mundo global (Cfr. García Canclini, 2000)–, los contextos, como fuente de verdad logran ser difundidos por medio de la gran vía de comunicación global; aun más, cada experiencia localizada llega a contenerse y formar parte de un contexto mayor que sirve como agente referencial y que llega a nutrir una estructura que va más allá del espacio pero que está en el tiempo de las acciones y los pensamientos colectivos, de allí que tiene fuerza y posibilidad de ser compartida, no sólo por el mundo intelectual, sino también por el mundo de las experiencias.

Como se puede observar, estamos inmersos en el mundo de la posmodernidad, en ella las palabras tienen sentido y se explican por medio de contextos (Cfr. Lyotard, 2006). Así, el riesgo se presenta como una verdad latente que envuelve a los actores y que los obliga a la toma de decisiones por medio de análisis reflexivos constantes. Dicha reflexividad requiere de un vasto conjunto de elementos que permita a los actores aproximarse a la realidad social, no sólo para entenderla sino, para en su caso, transformarla. En este escenario está presente también un aumento de la pérdida de confianza, o acaso confiabilidad, en torno a las instituciones y en la propia sociedad.

Ya Alain Touraine (2000) lo explicaba: asistimos a un momento donde los actores dejan de creer en las instituciones y en la propia sociedad –desinstitucionalización y desocialización–, esto es, los actores no encuentran seguridad en los argumentos ideológicos y/o narrativos de las organizaciones institucionales y merman su confianza en las organizaciones sociales que, en muchos de los casos, han

sido deglutidas por el mundo institucional. Esto es: durante mucho tiempo las instituciones se hicieron del control de saberes y del predominio de las acciones del mundo social. Ellas, las instituciones, por medio de mecanismos formales y/o informales, determinaron el *statu quo* que debería reinar para poder hacer funcionar el entramado de lo público y, por tanto, el “orden” dentro del mundo de lo privado.

Esta desinstitucionalización da lugar a una pérdida de la credibilidad en las instituciones y a su vez en las estructuras normativas en las que se sustentan. Con ello se desencadena la búsqueda de mecanismos de interacción alternativos entre los agentes (individuales o sector privado) y las instituciones públicas. Surge con ello una serie de conductas ilegales, ilegítimas o corruptas.

Corrupción

Podemos entender la corrupción como una fractura en la legalidad del entramado social, la cual denota que los sistemas normativos y las acciones reguladas por ellos corrompen el sentido de la ley y del orden institucional. Sin embargo, hemos de aceptar que la corrupción, aun cuando en sí misma no se trata de cuestiones morales –moralidad o inmoralidad–, en los hechos denota una descomposición institucional que se arraiga dentro de los niveles de interacción social de los sujetos, con un sentido de normalidad y daño *minus legal* (se decía en Francia e Italia, antes de los años ochenta, que la corrupción era aceite del sistema político).

Así, corrupción implica una alteración del orden institucional y normativo de una sociedad. Corromper implica una ruptura, es trasponer los intereses colectivos por el beneficio de un sujeto o un grupo reducido. Ello denota que con la corrupción el dilema del bien colectivo vs. el hedonismo, da el triunfo a este último. Es decir, las sociedades regulan su orden y seguridad interna por medio de la norma, ellas garantizan que sobreviva el orden colectivo sobre el placer hedonista. Sin embargo, cuando la norma es transgredida por medio de dádivas, prebendas, favoritismos, dinero y/u omisiones, son los intereses personales, ilegítimos e ilegales, los que se transforman en ruptura de lo social.

No obstante, debemos pensar la corrupción desde tres puntos de vista distintos: el primero, *i) moralista*, resultado del análisis del Banco Mundial en comunidades africanas, donde se vincula la corrupción como un acto inherente a la naturaleza del hombre; por el otro, lado tenemos la visión, antropológica y sociológica denominada *ii) integracionista* que parte de la idea de que las conductas corruptas

subsanan las fallas de los sistemas sociales, económicos y políticos, presentes al interior de una sociedad; por último, el *iii*) *racionalista*, que busca mecanismos alternos de solución de procesos/procedimientos.

Cualquiera de los tres puntos de vista antes mencionados confluye en la necesidad de conformación de políticas públicas participativas, transparentes, eficientes y eficaces. Ya sea que la corrupción sea parte de la naturaleza humana, una corrección institucional o un mecanismo alternativo de solución, es, en todo caso, un factor de desconfianza para con las instituciones públicas y privadas.

En particular la visión racionalista es de vital importancia para el entendimiento y reflexividad de la corrupción en el mundo actual; es decir, en un mundo de sistemas complejos las instituciones se transforman en entes tan burocratizados y preocupados por la legalidad que resulta para los sujetos como el camino correcto a seguir, en una lógica de maximización de la ganancia (elección racional para los economistas), la omisión de pasos, procedimientos y/o procesos apegados a la ley, por medio de actos de corrupción. No obstante, este sistema llega al colapso toda vez que los agentes sociales y las instituciones, en cada acto de corrupción, debilitan la legitimidad de la norma y de las propias instituciones.

Se puede afirmar que la corrupción tiende a aparecer, con mayor grado de intensidad, en sociedades con una cultura política débil. Es decir, en sociedades donde los ciudadanos minimizan su capacidad de agentes para el cambio social y donde las instituciones maximizan sus actuaciones en pos de una inmovilidad que busca mantener un *statu quo*.

En efecto, durante mucho tiempo los sistemas institucionales encontrarían en mecanismos poco convencionales las herramientas necesarias para garantizar un funcionamiento estructural más o menos correcto. Así, actos como la burocracia exacerbada, la complejidad en los procesos administrativos, la alta tecnificación de procedimientos, el control vertical de las líneas de mando, la falta de modernización en la comunicación entre instituciones y ciudadanía y la escasez en la mejora salarial de los funcionarios escalafonariamente bajos traen consigo la búsqueda de “mecanismos alternos para la claridad y celeridad en los procesos institucionales” lo que se podría denominar “Maspro” (mecanismos alternos de solución de procesos/procedimientos). Dichos Maspro no son otra cosa que el origen de conductas de corrupción.

Maspro, punto de reflexión

Los “Maspro” son la punta del iceberg que se sostiene por medio de un sistema informal de lealtades y procedimientos

que, bajo la apariencia de celeridad, y ante la falta de claridad y prontitud en los procesos y procedimientos institucionales, encubren una maquinaria que se aceita de manera extra legal. Aun más, los Maspro han llegado a permear a la sociedad en su conjunto, y llegan a funcionar como justificaciones para apropiación del espacio público e incluso como mecanismos de aproximación e interacción entre las instituciones, los ciudadanos, los medios de comunicación y la sociedad en su conjunto.

Maspro no es un concepto nuevo ni pretende serlo, más bien pretende ser un punto reflexivo a partir del cual se logre entender que en las sociedades complejas la única verdad es el riesgo. En este sentido éste se entiende como un hecho futuro de realización incierta; Maspro implica un conjunto de producciones, acciones y reproducciones de conductas y acciones que, enfrentadas al mundo de las instituciones y de la sociedad, buscan reproducir mecanismos “alternativos” para la integración de los actores en el mundo de las instituciones y, a su vez, promueve una cultura que opaca las acciones gubernamentales y agudiza la conformación de sistemas políticos y administrativos que se alejan de la lógica de la legalidad, ya sea vulnerando la norma, desconociendo su sentido o incluso promoviendo fraudes a la norma, esto da cuenta, en la realidad local y mundial, del desarrollo de conductas y actos que tienen como finalidad recomponer la abigarración de la ley o la agilización de procesos y procedimientos institucionales; en cualquiera de los casos, un desconocimiento y ataque flagrante a la ley y las instituciones.

Mecanismos alternos de solución de procesos/procedimientos nos remite a una vieja discusión: ¿tiene la ley validez por su existencia o por su cumplimiento? Vieja discusión que hoy puede ser base de partida para entender el alcance sociológico y material de la norma, y, más aun, nos permite aproximarnos a la configuración de políticas públicas que sean efectivas y eficaces. Así, podemos estar de acuerdo en que los actores sociales buscan la inmediatez y la rapidez de las interacciones institucionales. En efecto, los actores sociales buscan soluciones prontas a sus demandas y exigencias. En este sentido, las interacciones de la sociedad para con las instituciones han ido, a lo largo del tiempo, generando espacios de solución a conflictos y necesidades, tanto de un lado como del otro, por medio de mecanismos alternos, no legales ni legítimos, que faciliten la interacción en el mundo de vida de los actores.

Las instituciones, trágicamente, se han convertido en laberintos altamente compuestos por tecnicismos y legalis-

mos que más que brindar una armonía social generan una brecha de entendimiento e interacción; de esta manera, las instituciones públicas pierden la confianza de la ciudadanía y se perpetúan interacciones basadas en valores de uso y de cambio, en una perversa lógica más cercana al caos del mercado y cada día más próxima a interacciones de sociedades que se niegan a sí mismas y que niegan la funcionalidad de las instituciones. Es decir, un caos de confianza y de control de saberes y acciones.

Los saberes y acciones son hoy el punto de desencuentro entre la sociedad, a su interior, y las instituciones públicas. Dicho control de saberes y acciones da cuenta de un control que se hace líquido. Los actores buscan la inmediatez para la solución de sus necesidades (pagos, contribuciones, adjudicaciones, etcétera) y las instituciones, como detentadores de los procedimientos y procesos para la actividad de lo social, y al controlar los saberes y acciones “legítimos”, esconden a plena luz actuaciones que facilitan, para algunos y en detrimento de la mayoría, mecanismos alternos de solución de necesidades.

Las necesidades sociales son crecientes; en contrapartida, las posibilidades institucionales son limitadas. Con ello se da cuenta de un “achicamiento” de las instituciones (Cfr. Guiddens, 2001). Esto es habitual en el mundo global donde la lógica de la ganancia es el común denominador. En este sentido, existe una imbricación entre las necesidades de las instituciones públicas y las privadas. Con ello, en una realidad que se complejiza, se da lo que se podría denominar un choque institucional. En efecto, los gobiernos se presentan como entidades complejas en sus procesos y procedimientos; por su parte, las instituciones privadas buscan maximizar beneficios con el menor número de recursos y de tiempo. Aun más, este choque llega a ampliarse con la ciudadanía que, ante estructuras altamente burocratizadas y poco transparentes en su funcionamiento, buscan, al igual que el sector público, mecanismos alternos de solución de procesos/procedimientos, con la finalidad de dar agilidad a los aparatos gubernamentales.

Conclusión

¿Qué hacer ante esto? Lo primero de manera necesaria implica la conformación de sistemas institucionales que tengan como base procesos y procedimientos prontos, eficientes y eficaces. Esto es, organizaciones gubernamentales que, por medio de acciones y ejercicios, claros, prontos, transparentes, verificables y medibles, puedan garantizar

la legitimidad institucional. Así, se puede enunciar como alternativas: a) elaborar un sistema educativo simple de comunicación de la conducta no violenta y, por tanto, no corrupta (violencia social y corrupción van de la mano); b) fortalecer las instituciones por medio de procedimientos y acciones simples, concretas y medibles; c) eliminar los trámites burocráticos; d) establecer procesos y procedimientos, verificables y medibles, en cualquier etapa del proceso de ejecución de la acción de la política pública; e) evitar la creación burocrática y politizada de instituciones públicas; f) establecer sistemas simples de comunicación y acción anticorrupción en escuelas, núcleos familiares y relaciones simples de cara a cara (barrios) –la corrupción debe ser tratada como parte de la violencia– y g) cumplimentar la norma ante conductas corruptas.

En efecto, el ataque frontal a la corrupción deberá implicar la generación de políticas públicas tendientes a hacer eficientes y transparentes los procesos y procedimientos en los que están vinculados los actores públicos y privados. Esto es, generar instrumentos normativos y procesales que, dentro de un marco democrático e institucional, permitan una interacción transparente, objetiva y racional entre los actores tanto gubernamentales como ciudadanos. Los Maspro obtienen su racionalidad en sistemas jurídico-políticos que carecen de reflexividad, transparencia y fortaleza de las instituciones públicas y/o privadas; en este sentido, el combate a la corrupción conlleva la construcción de sociedades participativas donde las relaciones con el poder sean en un sentido horizontal (Giddens, 2001).

Referencias

- Beck, U. (1998a). *¿Qué es la globalización? Falacias del globalismo, respuestas a la globalización*. Barcelona: Paidós.
- Beck, U. (1998b). *La sociedad del riesgo. Hacia una nueva modernidad*. Barcelona: Paidós.
- Beck, U. (1998c). *Políticas en la edad del riesgo*. Barcelona: El Roure.
- García Canclini, N. (2000). *La globalización imaginada*. Argentina: Paidós.
- Guiddens, A. (2001). *Un mundo desbocado. Los efectos de la globalización en nuestras vidas*. Madrid: Taurus.
- Habermas, J. (1999). *Problemas de legitimación en el capitalismo tardío*. Madrid: Cátedra.
- Liotard, J. (2006). *La condición posmoderna*. Madrid: Cátedra.
- Touraine, A. (2000). *Crítica de la modernidad*. México: FCE.